

de 1572, á la edad de ochenta años, llenó de dolor á la clase indígena, que se vistió de luto para manifestar su pena. El humilde religioso habia empleado toda su vida en la enseñanza de los indios. Los primeros talleres de oficios fueron puestos por él, para que los indígenas, bajo su direccion, los aprendieran; y con el mismo afan se habia dedicado á enseñarles la arquitectura, la pintura, la lectura, la escritura, la aritmética y la doctrina cristiana. Su humildad no era inferior á su virtud y capacidad. Varias veces el emperador Cárlos V le mandó la bula de dispensa para que se ordenase de sacerdote, y aun le ofreció el arzobispado de Méjico cuando quedó vacante por muerte del señor Zumárraga. Pero el virtuoso Gante prefirió continuar en la enseñanza de los indios, siguiendo en la humilde clase de lego de San Francisco, á la dignidad que se le ofrecia. El distinguido aprecio que de él hacia el monarca castellano ha dado motivo á que algunos escritores hayan creido que el modesto religioso procedia de un origen regio; pero han sufrido una equivocacion (1). El influjo y el amor que con su vida ejemplar se habia granjeado entre los indígenas era imponderable. El arzobispo Montúfar solia decir, en vista del justo cariño que al modesto lego consagraban los naturales: «yo no soy arzobispo de Méjico, sino Fray Pedro de Gante». Su memoria quedó viva por largo tiempo entre los agradecidos indios; y Torquemada

(1) Le han supuesto hijo natural de Cárlos V; pero esto se ve que es imposible, puesto que el padre Gante pasó á Méjico en 1523, de edad de 33 años, y Cárlos V nació el 24 de Febrero de 1500.

cuenta que algunos años despues de haber muerto, se presentó una india rica, que tenia costumbre de dar de limosna seis hábitos al año para los misioneros, nombrando los religiosos á los cuales destinaba su donativo. Uno de los que nombró fué el padre Gante. El guardian le dijo entonces, que ya habia fallecido. La india replicó: «yo lo doy á Fray Pedro de Gante, dalo tú á quien quieras».

El último que murió de los doce primeros misioneros franciscanos, fué el padre Fray Toribio Benavente, mas conocido con el nombre de *Motolinia*, ó *fraile pobre* con que, como tengo dicho, le llamaban los indios, y que él adoptó por humildad. Se habia dedicado, como todos, á la enseñanza y bien de los naturales, y todo lo que recibia de limosna lo repartia entre los indígenas mas necesitados. Habia bautizado, segun apuntes que llevaba él mismo, mas de cuatrocientos mil indios, «lo cual, dice Torquemada, yo que lo escribo, lo ví firmado de su nombre». Su muerte llenó de duelo á la clase indígena que le amaba como á verdadero padre; y fué necesario en su entierro, impedir que la numerosa concurrencia despedazase el humilde hábito con que el cadáver iba vestido, pues todos anhelaban tomar algun pedazo del tosco sayal como reliquia del hombre que todo el público reputaba por santo.

La prosperidad de Méjico iba en aumento cada dia: el número de villas y ciudades crecia á medida que se extendia la agricultura y se descubrian nuevas minas; y la industria, las artes y las letras se hallaban á una altura notable.

Para que la historia se enriqueciese con la mayor

suma de noticias relativas á los antiguos habitantes del Anáhuac, Felipe II envió el 3 de Junio de 1573, un despacho que llenase cumplidamente el objeto en lo relativo á la época anterior á la conquista de Méjico. Para conseguir la realizacion de su laudable pensamiento, encargó que los curas y demás ministros del altar que se hallaban instruidos en las costumbres, usos, historia y ritos de los antiguos pueblos de Anáhuac, escribieran lo que sabian, y enviasen al Consejo todo lo que encerrase algun interés y fuese digno de conocerse.

Al mismo tiempo que se daban esas acertadas disposiciones para enriquecer la historia antigua de la Nueva España, se fundó el suntuoso colegio de San Ildefonso, edificio notable por su capacidad, solidez y belleza. De ese notable plantel, levantado el 6 de Setiembre de 1573, salieron millares de sabios mejicanos, que brillaron en el mundo literario y en el de las ciencias, dando gloria al rico suelo en que habian nacido. Pero no solamente se construyó en ese año el espacioso colegio mencionado, donde nutrió su entendimiento la juventud mejicana, sino que se fundó á la vez el colegio llamado de Santos, que ocupaba el sitio en que hoy se ve la série de casas llamadas de Loperana, en la calle de la Acequia, que se extienden desde la esquina del Parque de la Moneda hasta la de la calle de Chiquis.

En competencia con el progreso de las letras iba tambien la prosperidad del comercio. Méjico iba á la vanguardia de todas las colonias establecidas en la América en comercio, civilizacion, cultura, artes, industria y letras. En virtud de la vida comercial que disfrutaba, el

virey Martin Enriquez de Almansa estableció en ese año de 1573, la alcabala de que hasta entonces habian estado exentos los mercaderes, en tanto que se robustecia y tomaba vuelo el comercio con las naciones de Europa.

Para que en el sitio principal de la ciudad, en la hermosa plaza en que se ostentaban el palacio de los vireyes, la diputacion y otros edificios notables, se encontrase un templo que correspondiese en majestad á la grandeza de la poblacion, se puso en ese año la primera piedra de la hermosa catedral que hoy llama la atencion del viajero.

1574. El giro de lanas que habia decaido algo desde la muerte del virey D. Luis de Velasco, volvió á tomar vida bajo el gobierno del nuevo gobernante. La contratacion de ese artículo era no menos provechosa para la corona que para los indios que sacaban notable utilidad de él; y sin embargo, la decadencia que se habia notado no habia provenido, segun asegura el virey en sus «instrucciones y advertimientos», sino de la poca aficion al trabajo que los naturales tenian» (1). Cuando empuñó las riendas del gobierno, apenas se beneficiaban tres mil arrobas de lana, subiendo bajo su administracion á mas de doce mil, y con esperanzas de que continuase en aumento. El mismo impulso dió á la grana y al cultivo de la seda.

1575. Al mismo tiempo que trabajaba por el

(1) «Y la causa de esto era ser los indios tan flojos como he dicho, y no haber tomado nadie el cuidado.» — Instrucciones y advertimientos del virey Martin Enriquez á su sucesor en el mando D. Lorenzo Suarez de Mendoza.

aumento de los ramos que constituian la vida del comercio, se ocupaba en hacer fructíferos los vastos desiertos abandonados por los chichimecas y en atender á la seguridad de los pueblos de las fronteras. El empeño que tenia en poner á raya la osadía de esas tribus errantes que caian de repente sobre las cortas poblaciones de indios amigos, matando y destruyendo cuanto encontraban, se nota en las instrucciones ya mencionadas. «Unos indios, dice, que acá llaman chichimecas, á los cuales se juntan otros de otras naciones, que todos quedaron por conquistar, ha sido una plaga que ha dado bien que entender á este reino, porque estos habitan en la tierra mas larga y fragosa que hay en él, por lo cual entiendo que si para castigallos se juntasen todos los españoles que hay acá, no bastarian; porque como ellos nunca tienen asiento ni lugar cierto donde los puedan hallar, sino que con sus arcos y flechas, que son las armas que usan, andan de una parte á otra, y como venados sustentándose de solo yerbas y raíces y polvos de animales que traen en unas calabazas, saben bien hurtar el cuerpo á los que suelen buscarlos; y cuando los españoles piensan dar sobre ellos, están bien lejos de allí.» Despues de referir los robos y muertes cometidas por ellos en los caminos y en las emboscadas que ponian, concluye diciendo que para poner á cubierto de sus asaltos á los pacíficos habitantes, habia situado en los caminos destacamentos de soldados.

Al mismo tiempo que establecia fuerza armada en los puntos mas convenientes, envió colonias que poblasen los vastos campos que habian dejado los chichimecas, asegurando así la tranquilidad de las provincias fronterizas.

1576. En medio de la prosperidad en que se veia felizmente envuelta la Nueva España, se presentó entre los indios la mortifera enfermedad llamada por ellos *matlalzahuatl*. Esta terrible peste que solo atacaba á la clase indígena y que habia hecho sentir algunos años antes su funesta saña, se mostró en esos momentos mas implacable que nunca. Se manifestaba la enfermedad con fuertes dolores de cabeza; poco despues sobrevenia una tenaz calentura que causaba un horrible ardor interno que les abrasaba con intensidad espantosa: ninguna ropa podia resistir contra su cuerpo: la sábana mas ligera se les hacia insoportable, y no encontraban consuelo sino tendidos sobre la tierra. La ciencia médica se encontraba impotente para aplicar las medicinas que pudieran combatir el mal, pues la enfermedad era enteramente desconocida para los que se habian dedicado al benéfico estudio de la medicina. No habia casa de indio en que no se contase dos ó mas cadáveres: las víctimas eran conducidas á centenares á los camposantos, y el luto y la desolacion reinaba en las familias indígenas. Dos millones de naturales perecieron en esa época atacados por la desoladora peste. En medio de esa mortandad, ningun español ni descendiente de ellos fué atacado ni aun levemente por la temible enfermedad.

Desde que se presentó la epidemia haciendo estragos, procuraron el virey y el arzobispo que era entonces Don Pedro Moya de Contreras, auxiliar á los infelices atacados. Por todas partes dispusieron edificios que sirviesen de hospitales para recoger los enfermos; destinaron á curarles á los mas distinguidos médicos, encargándoles

que averiguasen la causa del mal, y poniendo á disposicion de ellos todas las medicinas á fin de que aplicasen las que juzgasen eficaces. El arzobispo, á fin de que los enfermos estuviesen paternalmente asistidos, llamó á los superiores de las religiones, y les dijo que enviasen por los barrios los religiosos que pudieran para atender á los atacados que no podian salir de sus casas. En cumplimiento de esta benéfica disposicion, los franciscanos, dominicanos, agustinos y jesuitas se distribuyeron por los sitios en que vivian los indios, esmerándose en su cuidado y asistencia. Pero no solo los sacerdotes corrieron á dar consuelo y favor á los afligidos indios, sino tambien las esposas y las hijas de los españoles que atesoraban virtudes dignas de imitarse.

1577. La peste cesó al fin, cuando la atmósfera se purificó en la estacion de las lluvias de 1577. Las poblaciones de los indios quedaron casi despobladas, y los campos de siembra, desiertos.

1578. La carestía siguió á la peste, consecuencia precisa de la falta de brazos que durante ella sufrió la agricultura. El virey, compadecido de los males que habian aquejado á los humildes indios, les eximió del pago del tributo, providencia noble que acabó de conquistarle la simpatía de los naturales.

Cuando mas ajeno debia hallarse el filántropo gobernante de esperar disgusto alguno, pues la conducta afable que observaba con cuantos se acercaban á hablarle parecia ponerle á cubierto de enemistades y resentimientos, se vió zaherido por una persona de quien menos podia aguardar una ofensa. Francisco de Rivera, comisario de

los padres de San Francisco, se dirigió á ver al virey para hablarle de un negocio de interés para él. Martin Enriquez se encontraba en aquellos momentos muy ocupado en asuntos importantes del gobierno, y no pudo darle audiencia inmediatamente. Francisco de Rivera esperó un rato, y tomando á desaire el proceder del virey, se marchó á su convento, disgustado del proceder del gobernante. Dominado por el resentimiento, criticó en un sermón que predicó pocos dias despues, la conducta observada con él por el supremo magistrado de la Nueva España. «En palacio, dijo, á todos se iguala, ni se hace diferencia entre eclesiásticos y seculares». El virey se quejó al acuerdo de que le hubiese zaherido en el púlpito el expresado religioso. Recibida la queja del gobernante, se libró inmediatamente real provision ordenándole que saliese para España. Fray Francisco de Rivera, viéndose precisado á obedecer, se propuso hacerlo de una manera que proporcionase un disgusto al virey. Mandó que se reuniera la comunidad, y poniéndose al frente de ella, salió en procesion de Méjico para Veracruz, con la cruz por delante, cantando el salmo *In exitu Israel de Aegipto*. Los habitantes de la ciudad se conmovieron al ver marchar hácia el puerto á los religiosos franciscanos, y muy especialmente la clase indígena que les era deudora de notables beneficios y tenia presente la asistencia paternal de ellos durante la peste. El virey, disgustado de la manera de proceder del imprudente religioso, se disponia á dictar una providencia severa contra él; pero interponiéndose personas respetables, cedió á sus ruegos, dejando á la discrecion de ellas el arreglo del asunto.

Entonces, por medio de otros individuos, se escribió á Fray Francisco de Rivera que volviese con la comunidad desde Cholula, en donde se habia detenido. Llegado á Méjico, el virey, por prudencia, siguió guardando la mejor armonía con él; pero con el mayor secreto escribió á Felipe II dándole cuenta del desagradable acontecimiento, y el monarca dió inmediatamente orden de que el indiscreto religioso saliese de la Nueva España.

1579. El país entretanto, aunque resintiéndose aun la pérdida de las víctimas causadas por la peste, seguía aumentando su riqueza. El virey, celoso de su deber, atendía á los diversos ramos de la administracion y escuchaba atentamente en audiencia á los indios, constituyéndose en verdadero observante del deber que corresponde á un digno gobernante. Por eso en las instrucciones que dejó á su sucesor en el mando, le decía que «aunque juzgaban en España que el oficio de virey era muy descansado», á él le habia hecho ver lo contrario la experiencia y el trabajo que habia tenido. «Yo hallo, dice, que solo el virey es acá dueño de todas las cosas que allá están repartidas entre muchos, y él solo ha de tener el cuidado que cada uno habia de tener en su propio oficio, no solamente seglar, sino tambien eclesiástico; y si así no lo hace, hallarán muchas faltas en algunos, las cuales dan mucha congoja á una buena cabeza. Y si la principal obligacion de un virey es no permitir cosa mal hecha á ninguno de sus miembros, considere V. S. el trabajo que será menester para velar sobre todos; y fuera de esto no hay chico ni grande ni persona de cualquier estado que sepa acudir á otro sino al virey en toda suerte

de negocios que espantan, porque hasta los enojos y niñerías que pasan entre algunos en sus casas, les parece, que si no dan cuenta de ello al virey, no puede haber buen suceso. Y visto yo que la tierra pide esto, y que el virey ha de ser padre de todos, y que para ello ha de pasar por todo esto y poner la mano en todo, y oírles á todas horas, sufrillos con paciencia, me ha sido forzoso hacello; y esto mesmo procure hacer V. S., y en acudir á otras obligaciones forzosas que son de solo el virey, que es el amparo de todos los monasterios y hospitales, y mucha gente pobre y desamparada que hay en esta tierra, huérfanos y viudas, mujeres é hijos de conquistadores y criados de S. M. porque pasarian mucho trabajo si el virey no mirase por todos».

Con gobernantes que así se dedicaban al servicio público y á velar sin descanso por el bien de sus gobernados, preciso era que el país prosperase visiblemente.

Como cuando el año no era de abundante cosecha de maíz, el pueblo indígena llegaba á experimentar casi el hambre, el virey Martin Enriquez de Almansa, estableció alhóndigas donde el pueblo encontrase el preciso artículo, sin aumentarle el precio. Así evitó que los especuladores que sacan provecho de las calamidades públicas, «revendieran, como él dice, á excesivos precios con harto daño de la república y mas de la gente miserable».

Amante de la ilustracion del pueblo y del cultivo de la inteligencia, protegió la Universidad y los colegios levantados durante su administracion, planteó nuevas escuelas, y dió impulso á las muchas que se hallaban esta-

blecidas. Pero su amor á las letras aun no se satisfacía con lo que estaba hecho; y notando la notable disposición, talento y afán que mostraban por el estudio los mejicanos descendientes de españoles, recomienda al virey que iba á sucederle en el mando, que continúe aumentando los planteles de instruccion. «En lo tocante á las letras, son sus palabras, yo he procurado acudir así con mucha hacienda, como con significar á S. M. la importancia dellas, para que ayudase á levantallas, como lo ha fecho, con lo cual se van ennobleciendo las escuelas mas que yo las hallé, y parece que han tomado lustre. V. S. mandará dalles la mano para que vaya adelante y se hagan buenas escuelas, pues S. M. lo manda, porque van en tanto aumento los que nacen en esta tierra, que si este socorro no tuviesen no sé lo que fuera dellos, segun la inclinacion de algunos, aunque los padres de la compañía han acudido tambien á esto despues que vinieron, que se echa muy bien de ver en el fruto que parece, por lo cual en lo que he podido los he honrado y ayudado, y lo mesmo es justo que haga V. S., pues por esto y por todo lo que hacen lo merecen».

Satisfactoria debe ser para los hombres amantes al cultivo de la inteligencia, ver al monarca, á los gobernantes, al clero y á los ricos particulares fundando magníficos planteles donde la juventud mejicana, dotada de notable ingenio, se nutriese en las ciencias y en las letras, produciendo, como produjo, hombres verdaderamente notables, cuyos nombres se pronuncian con respeto en el mundo científico y literario.

Los cargos de justicia, generalmente eran desempeña-

dos por mejicanos descendientes de españoles; y el virey Martín Enriquez les distinguió siempre, aunque procurando elegir los que menos codiciasen los puestos. Ejercer esos cargos lo juzgaban como un derecho, «siendo los que mas se creían con deber á alcanzarlo, dice el expresado gobernante en sus instrucciones, los hijos y nietos de conquistadores». No desempeñarlos, lo hubieran recibido como una ofensa; y cuando alguna vez eran dados á otros «hacen tanto ruido, añade el virey, que no falta sino poner el negocio á pleito, porque, pedir testimonio para irse á quejar á España, ordinario lo hacen». El probo gobernante, juzgando que debían ser preferidos á todos, siempre que reunieran las cualidades que exigía el delicado puesto, los distinguió constantemente y recomendó á su sucesor, que obrase de la misma manera, «puesteniendo estas condiciones (el servicio de Dios y bien del país) el nacido en esta tierra, hijo de conquistador, no digo yo sino que es justo anteponello á los demás».

1580. Cuando la primera autoridad de la Nueva España se ocupaba en fomentar los diversos ramos que formaban la riqueza del país y en la buena administracion de justicia, una terrible inundacion cubrió las calles de Méjico. Las abundantes lluvias, haciendo salir de madre la laguna, inundaron una gran parte del valle, convirtiendo la capital en un lago. El virey, para salvar á la ciudad de ese peligro de que se hallaba amenazada cada año en la estacion de las aguas, convocó al Ayuntamiento y á las personas mas entendidas en la hidrostática. La junta resolvió, despues de un detenido estudio, que se hiciese un desagüe á las lagunas que rodeaban á Méjico,

eligiendo como sitio el mas á propósito, los bajos de Huehuetoca, distante once leguas de la capital.

Cuando el virey se hallaba proyectando esta notable mejora y otras de no poca importancia, Felipe II, viendo la acertada direccion con que habia llevado el gobierno de la Nueva España, y queriendo utilizar sus bellas cualidades de gobernante, le promovió al vireinato del Perú. Poco despues de haber recibido la carta en que el monarca, dándole las gracias por la prudencia con que habia gobernado, le comunicaba su determinacion, llegó á Veracruz D. Lorenzo Suarez de Mendoza, que era la persona nombrada para sucederle en el mando.

Martin Enriquez Almansa entregó el baston al nuevo virey, el 4 de Octubre de 1580, y partió para el Perú, dejando gratos recuerdos en el país que habia regido acertadamente por espacio de doce años.

CAPÍTULO VI

Quinto virey, D. Lorenzo Suarez de Mendoza, conde de la Coruña.—Establece el tribunal de comercio.—Muerte del virey.—Gobierno de la Audiencia.—El monarca nombra visitador al arzobispo de Méjico D. Pedro Moya de Contreras.—Su rectitud.—Se funda un seminario para indios.—D. Alvaro Manrique de Zúñiga, marqués de Villa-Manrique, séptimo virey.—Daños hechos en la costa por los corsarios ingleses.—Se apoderan de la nao de Filipinas.—Sale una fuerza contra los corsarios, pero no los encuentran.—Desavenencias entre el virey y la Audiencia de Guadalajara.—Los enemigos del virey escriben contra él á la corte.—Se envia á D. Luis de Velasco, segundo de este nombre, y octavo virey, á reemplazarle.—Nombra el monarca visitador al obispo de Tlaxcala D. Pedro Romano.—Residencia éste al virey saliente.—Le embarga sus bienes.—Marcha á España el marqués de Villa-Manrique y se vindica.—Los chichimecas prestan obediencia al gobierno español.—Envia el virey colonos tlaxcaltecas al país chichimeca.—Dispone el virey que los pleitos de los indios se sentencien en el tribunal de los vireyes para evitarles gastos.—Forma el paseo de la Alameda.—Buen gobierno de D. Luis de Velasco.—Noveno virey D. Gaspar de Zúñiga y Acevedo, conde de Monterey.—Envia una expedicion á Nuevo Méjico y lo coloniza.—Fundacion de la ciudad de Monterey.—Reune el virey en pueblos á los otomites dispersos por las sierras.—Muerte de Felipe II.—Entra á reinar Felipe III.—Se hace la jura en Méjico.—Fundacion de la actual ciudad de Veracruz.—Noticia de los progresos de la Nueva España en los setenta y nueve años que llevaba de unida á España al fin del siglo XVI.—Lo que habia sido y lo que era.—Indios notables en las letras.—Adelanto de éstas.—Se manifiesta que entonces los conventos eran necesarios, porque tenian el doble objeto de separar á los indios del sacrificio de victimas humanas y de escuelas de educacion.—Por qué se daba la enseñanza á los religiosos.—Paralelo entre el fanatismo que entonces reinaba en España y las demás naciones de Europa.—Que España era menos fanática que Inglaterra.—Vida de los primeros misioneros en la Nueva España.—Leyes benéficas en favor de los indios.—Libertad que se gozaba en la Nueva España.—Noble conducta de sus gobernantes.—Lo que era la Nueva España al terminar el siglo XVI.

Desde 1580 hasta 1599 inclusive

El 4 de Octubre de 1580, entró á regir los destinos de la Nueva España el quinto virey D. Lorenzo Suarez de Mendoza. Pertenece el nuevo gobernante á la misma ilustre familia que el primer virey D. Antonio de Men-